

LA CUEVA

Si tuviera que compararlo con algo, sería con sendas cuevas, una al lado de la otra y conectadas entre sí por túneles y pasadizos.

Una cueva contendría a los ladrones y la otra a los mendigos del califato, cuya capital, dominada por la miseria y la corrupción, está a pocos kilómetros desierto a través. Muchas veces, miembros de ambos clanes se cruzarían, rozándose mientras circulan por los bastos corredores. Algunos incluso están cómodos tanto en un clan como en otro, y los hay que se les considera pro-hombres en la ciudad y pasan largas temporadas en la capital, reuniéndose con eminentes líderes y atendiendo a negocios, en apariencia al menos, legítimos. Pero siempre vuelven a su cueva a conspirar. Es difícil delimitar con exactitud donde empieza y acaba cada casta. Los mendigos se confunden con los ladrones, eso está claro, pero es incluso más complicado: Algunos dirigentes del califato son a la vez hombres de negocios, administradores y comerciantes, en el gremio de los comerciantes hay muchos ladrones infiltrados y, cuando los negocios van mal, muchos, sean comerciantes, hombres de negocios o ladrones, mendigan por las calles. Los hay que mendigan aún sin necesitarlo y, por contradictorio que parezca, acumulan obscenas cantidades de dinero. Incluso entre las castas más bajas hay clases.

Es interesante ya que, muchos en la ciudad ven a los mendigos como individuos en condiciones de extrema necesidad. Muchos de ellos lo están, es cierto, pero otros, sobre todo los que se encuentran cómodos entre los ladrones, llegan a congeniar con las clases dirigentes (aunque, secretamente, éstas les miren con desdén) y ayudan a dictar algunas de sus políticas para verse favorecidos.

Puede darse que el dueño de una pequeña tienda de paños, que intenta ganarse la vida en tiempos de vacas flacas, gane menos que el pordiosero que intenta echar de su puerta porque le espanta a la clientela. Ese mismo pordiosero, en las fiestas organizadas por los dirigentes de la ciudad, a veces tiene permitido vender toscas figuras de madera (objetos de nula utilidad práctica y estética) o que nombre las estrellas y los dioses que residen en ellas (información que es bien conocida ya

por todo el mundo) a cambio de unas monedas. Pero, la mayor parte del tiempo, ni eso: los mendigos sólo piden y exigen a cambio de vagas promesas que jamás cumplen. Lo extraño es que, para esas ocasiones festivas, la corte del califato siempre llama a los mismos (con raras excepciones) y, aunque ya dijimos que incluso entre los pidienteros hay diferencias, son, casualmente, los que menos talento tienen y los que más desganadamente recitan su letanía de astros y divinidades, sumiendo en el sopor a los asistentes a las celebraciones.

Los gobernantes y miembros de la corte dan discursos después a las multitudes (nueva ocasión para el sopor), explicando cómo esos hombres, esos desechos de la sociedad, gracias a su ayuda y al dinero que le dan (del erario público, por supuesto) enriquecen el tejido de la artesanía y las ciencias.

A nadie se le ocurre que, con un poco de disciplina y esfuerzo, el mendigo podría tallar sus materiales con gracias o aprender de los alquimistas y hombres de medicina de la ciudad algo más, y de mayor utilidad, que una larga lista de nombres. Podría, con estas habilidades, abrir una tienda y vender sus esculturas o curar a los enfermos a cambio de una tarifa y dejar de vivir de las arcas del estado.

Otra particularidad es la ruta que sigue el dinero desde que es recaudado, hasta que llega a manos del mendigo: un escriba y un recaudador recogen los impuestos de los ciudadanos, de todos los ciudadanos. Digamos que recogen en un día mil dinares. De esos mil dinares, el escriba y el recaudador se quedan con un dinar cada uno en concepto de salario, el contable que suma las cantidades se queda con cinco dinares y el consejero que ha ordenado la medida se queda con otros cien. Luego, otro contable (o el mismo, vaya usted a saber) decide cómo se repartirá lo que queda... y se queda con cinco dinares. Un auditor examina a los mendigos para ver cuáles son los más cualificados para asistir a la fiesta (esto, en realidad, es un puro formalismo: los mendigos ya se han escogido de antemano: son los de la fiesta pasada). El auditor cobra un dinar por pordiosero que examina, así que, si examina a cuarenta, se

Nos sentimos orgullosos de nuestros orígenes como publicación, que se remonta a los primeros días de la revolución Linux. Nuestra revista hermana, la publicación alemana Linux Magazine, fundada en 1994, fue la primera revista dedicada a Linux en Europa. Desde aquellas tempranas fechas hasta hoy, nuestra red y experiencia han crecido y se han expandido a la par que la comunidad Linux a lo ancho y largo del mundo. Como lector de Linux Magazine, te unes a una red de información dedicada a la distribución del conocimiento y experiencia técnica. No nos limitamos a informar sobre el movimiento Linux y de Software Libre, sino que somos parte integral de él.



embolsa cuarenta dinares, aunque a la celebración sólo se permita que acudan dos.

Por ello, cada pidientero percibirá, en el mejor de los casos, cuatrocientos veinticuatro dinares cada uno. Y digo en el mejor de los casos, porque a menudo el escriba y recaudador se ponen de acuerdo y esconden parte de lo recaudado, los contables trufan las cuentas en su propio provecho, el consejero se inventa algún motivo para que le paguen más o el mendigo soborna al auditor para salir elegido.

Después de cobrar, algunos mendigos compran caros vinos procedentes del extranjero y gastan lo recogido en manjares exquisitos y mujeres de moral fácil. Total, saben que de donde vino lo de hoy, vendrá lo de mañana y, en todo caso, duermen en su cueva sobre sacas de oro.

En las cercanías de las cuevas vive un loco que duerme al raso, se rasga las vestiduras ante las injusticias que ve en el mundo y que, cuando va a la ciudad, grita y canta a los que pasan a su lado. A veces los mendigos y ladrones lo pasean a hombros y dejan que hable en concentraciones de alto nivel, porque lo que dice casi tiene sentido, aunque en realidad nadie le escuche.

Pero la mayor parte del tiempo, lo único que consigue el loco de largas y enmarañadas barbas es que le tiren un hueso viejo desde alguna de las cuevas con el que podrá sobrevivir otro día.

Paul C. Brown
Director